

Las insuficiencias del proceso de diciembre de 2001 y los límites en la reconstitución del régimen político capitalista

Christian Castillo

Los resultados de las elecciones provinciales realizados hasta el momento (incluyendo las dos vueltas en la Ciudad de Buenos Aires, la Provincia de Buenos Aires y Santa Fe entre las más importantes), favorables mayoritariamente a las expectativas del gobierno encabezado por Kirchner, han fortalecido los intentos de reconstitución “por arriba” del régimen político. Según todos los cálculos, las distintas fracciones del peronismo tendrían una tranquila mayoría en ambas cámaras y también una mayoría de las gobernaciones del país. Sin embargo, son lecturas superficiales las que se apuran a hablar de la existencia de “un nuevo PRI” o caracterizan al PJ como un “partido hegemónico”. Pese a las declamaciones múltiples de “lealtad” al nuevo presidente, el peronismo, como lo mostró la última elección presidencial, es una suma de fracciones con proyectos en gran parte antagónicos. Incluso entre las dos fracciones que hoy componen el gobierno (el “duhaldismo” y el “kirchnerismo”) hay una sorda lucha por espacios de poder que, aunque por el momento se ventile en bastidores, adelanta conflictos que pueden ser potencialmente explosivos en el mediano plazo, especialmente cuando se hagan notar los límites que el acuerdo con el FMI implican para un crecimiento sostenido de la economía y para satisfacer las expectativas de la clase trabajadora y los sectores populares.

Aún cuando en los próximos meses lo que prime sea la estabilidad política y económica, creemos que sería un error plantear que ha sido superada la “crisis de hegemonía” burguesa que hizo eclosión en diciembre de 2001. Una crisis en la cual, como señala Gramsci en sus *Notas sobre Maquiavelo*, “los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales. Esto significa que los partidos tradicionales, con la forma de organización que presentan, con aquellos determinados hombres que los constituyen, representan y dirigen, ya no son reconocidos como expresión propia de su clase o de una fracción de ella”. En lo

inmediato, las insuficiencias del proceso desatado con el levantamiento popular que volteó al gobierno de De la Rúa ha sido contenido y el régimen político ha tendido a recomponerse, aunque desprendiéndose de algunas de las figuras más irritantes de la década anterior y con las figuras que expresan más crudamente el "proyecto neoliberal" a la defensiva. A pesar de la vitalidad que mostraron los movimientos surgidos o fortalecidos al calor del 19 y 20 de diciembre (las asambleas populares, el movimiento de desocupados y las fábricas ocupadas) y la amplia vanguardia nucleada a su alrededor, las fuerzas sociales y políticas puestas en movimiento no alcanzaron a convertirse en una real alternativa de poder, permitiendo a las fuerzas del régimen que desde el gobierno pudieron "contener" el desafío —en particular, el peronismo bonaerense— y emprender el actual intento de "reestructuración" del régimen político. Pero esta reconfiguración no es una mera vuelta a la situación anterior, aunque mantenga elementos de continuidad con ella, y sus contornos permanecen en gran parte abiertos, aún cuando se van delineando ciertos aspectos que vamos a intentar esbozar en estas líneas.

Después de la devaluación

Los grandes ganadores del período Duhalde fueron los sectores de la clase dominante que pugnaban por la devaluación como salida a la crisis del régimen de convertibilidad. Recordemos que desde el comienzo de la recesión económica en agosto de 1998, y más aún luego de la devaluación del real en enero de 1999, se fue resquebrajando progresivamente el bloque de poder burgués que fue hegemónico durante el menemismo. Durante casi tres años dos fracciones de la clase dominante, esquemáticamente denominados "devaluadores" y "dolarizadores", pugnaron por dar distintas salidas a la aguda crisis económica que, más allá que en ambos casos quienes iban a soportar el peso de la debacle eran las grandes masas populares, definían distintos "ganadores" y "perdedores" entre las fracciones burguesas. En gran medida todo el gobierno de De la Rúa fue el intento de tratar de sostener la vigencia de un régimen convertible que era crecientemente insostenible, manteniendo una paridad cambiaria que era conveniente a los "dolarizadores" pero tratando de lograr compromisos con los

Argumentos, 3, diciembre 2003

sectores enrolados en la otra fracción (como expresaron los distintos planes de exenciones impositivas planteados por Cavallo). Caído De la Rúa, Duhalde no sólo creó para la fracción "devaluadora" condiciones favorables de competitividad (fundamentalmente por la enorme baja salarial que significó la devaluación y por la mejora de los precios relativos para los exportadores) sino que le hizo además el favor de pesificarles sus deudas, es decir, realizó una enorme confiscación al pueblo en beneficio de todo el sector de la clase capitalista endeudado en dólares. Sin embargo, estos beneficios no han alcanzado para que surja un nuevo "bloque hegemónico" en el plano económico que reemplace a la *entente* entre los bancos, las privatizadas y ciertos grupos económicos que reinó bajo el menemismo. Como expresa la continuidad de Lavagna como Ministro de Economía, la orientación en este terreno del gobierno de Kirchner no expresa un cambio sustancial respecto al de Duhalde, aunque los "santacruceños" que rodean al presidente tiendan a favorecer la concreción de negocios con aquéllos con los que supieron hacer buenas migas en el gobierno santacruceño, como las multinacionales petroleras y mineras. Si uno observa la orientación del gobierno en estos meses, el eje ha sido consolidar un nuevo esquema para el pago de la deuda externa a partir de tener una balanza de pagos favorable, gracias a la acción combinada del superávit comercial, producto de la devaluación, y el aumento de la recaudación impositiva. Es esto lo que se ha expresado en el acuerdo firmado con el FMI, por el cual el gobierno se compromete a pagar unos 12.000 millones de pesos durante los próximos tres años y, al menos para el 2004, se basa en el no aumento de salarios estatales (dando una pauta para los privados), jubilaciones y Planes Jefes y Jefas. A la vez Kirchner ha tratado de encontrar distintos compromisos con los diferentes sectores de la clase dominante, incluso visualizando un posible recambio de control en las empresas privatizadas del capital europeo al estadounidense. Pero, mientras cada fracción capitalista continúa haciendo sus negocios (unos más, otros menos) lo que queda claro es que no es más que mera retórica todo el parloteo sobre el "capitalismo nacional" que expresaría el kirchnerismo, cuestión que si se mostró utópica en el último gobierno de Perón, ¿qué decir hoy con un salto en la transnacionalización de la economía y en un mayor dominio directo de la

economía nacional por parte del capital multinacional que controla, por ejemplo, todos los servicios públicos y los recursos energéticos estratégicos, empezando por el petróleo? Más allá, entonces, que regatee un poco más o un poco menos o de su retórica más "independiente", el nuevo gobierno se apresta a mantener intactas las redes de la dependencia económica fortalecidas de la dictadura militar a la fecha. Por ello no me parece extraño que en un coloquio reciente, un referente de la intelectualidad neoliberal, Sturzenegger, haya saludado a Kirchner como un gran "pragmático" que no va a volver atrás sino que va a continuar con la *"obra de los '90"*, criticando a quienes lo presentaban como un *"setentista nostálgico"*. Esto dicho, la diferencia con el período anterior es que, hasta el momento, ningún sector burgués aparece con la suficiente fuerza y disposición para tratar de "hegemonizar" a las otras fracciones capitalistas. No lo son los exportadores, ni siquiera los que están haciendo grandes ganancias, como el sector rural, en un marco recesivo de la economía mundial y con un mercado brasileño achicado; no lo son los que producen para un mercado interno fuertemente disminuido por los salarios devaluados y la alta desocupación; y no lo son las "inversiones extranjeras directas", hoy en su mínima expresión, que fueron la base del crecimiento económico capitalista entre 1991 y 1995. De ahí las características de "compromiso" con cada sector capitalista que adquiere la política del actual gobierno, a diferencia de la ubicación como comisionista directo de lo más concentrado del *establishment* que tuvieron Menem y su entorno. Esta situación es evidentemente transitoria y su evolución dependerá de distintos factores, como ser, la evolución de la economía norteamericana o la aplicación del ALCA, cuya aceptación –la perspectiva hoy más probable– por parte de los gobiernos de la región implicaría una nueva claudicación ante los intereses del capital imperialista.

Después del "bipartidismo"

Si bien es cierto que la crisis del "bipartidismo" entre el peronismo y el radicalismo venía de hace tiempo (la misma formación de la Alianza era expresión de esto), la implosión de este último partido y la feudalización extrema de aquél fueron claramente potenciadas por la irrupción popular del 19 y 20 de diciembre. Como dijimos, el intento actual de "reestructuración" del poder

político es resultado de la insuficiencia e inmadurez del desafío formulado “desde abajo”. Esta insuficiencia fue tanto social como política. Para llevar a cabo su “misión”, el gobierno de Duhalde contó no sólo con el “apaciguamiento” de los sectores más pauperizados a partir de la generalización de los Planes Jefas y Jefes (que pasaron de 200.000 a más de 2.000.000) sino que tuvo el hándicap que significó la falta de protagonismo de los sectores más concentrados de la clase trabajadora tanto en las jornadas del 19 y 20 de diciembre como en los meses posteriores, debido al efecto combinado del temor al desempleo y la “tregua” con el gobierno que, pese a la brutal caída salarial que significó la devaluación, establecieron las tres centrales sindicales. Así, bajo Duhalde, la gran mayoría de las innumerables acciones de protesta estuvieron protagonizadas por las capas medias y los trabajadores desocupados, con la excepción del muy importante movimiento de fábricas ocupadas y puestas a producir por sus trabajadores. Mientras contra De la Rúa la clase trabajadora sindicalizada fue una protagonista activa realizando siete paros generales, ninguno se hizo contra Duhalde, con los sindicatos siendo directamente oficialistas o semi-oficialistas y mostrando su dependencia de la fracción capitalista “devaluadora”.

Políticamente, la falta de centralidad obrera debilitó la posibilidad de articulación de los diferentes fenómenos de lucha detrás de una perspectiva que cuestionara el poder capitalista.

En lo inmediato, los intentos de rearticulación del régimen político expresa una combinación entre el predominio de los viejos aparatos políticos en el interior del país con la conformación de alianzas inestables y coaliciones de ocasión donde el régimen más fue golpeado, como expresaron las elecciones presidenciales (con tres candidatos surgidos del peronismo y tres del radicalismo) y como indica el mismo gobierno, una coalición (más o menos inestable, esto se verá) entre dos fracciones del peronismo, surgida de la necesidad del gobierno de Duhalde de encontrar un candidato en condiciones de derrotar a Menem (no olvidemos que Kirchner sólo fue ungido candidato luego del rechazo de Reutemann y que De la Sota no subiera en las encuestas). En esta coalición están presentes tanto quienes han sido parte del núcleo duro de la

“vieja política” (como el duhaldismo) como distintas camarillas y facciones que jugaron un rol secundario (u opositor) en el período anterior y que hoy se han visto catapultados al primer plano, como es el mismo Kirchner y todo tipo de “centroizquierdistas” y “setentistas aggiornados” (ex frepasistas, “kirchneristas de paladar negro” como Bonasso, Bielsa, etc.), logrando la adhesión (o directamente cooptando) de distintos representantes de organizaciones sindicales, de desocupados y de derechos humanos.

Una tendencia más acentuada aún a la ausencia de “partidos” que sean algo más que figuras mediáticas y coaliciones de ocasión la hemos visto en las recientes elecciones en la Ciudad de Buenos con los cuatro candidatos más votados (Ibarra, Macri, Zamora y Bulrich) no expresando literalmente a partido alguno. Es decir, que la crisis de los partidos históricos no ha dado lugar aún al surgimiento de nuevos “partidos orgánicos”. Desde la clase dominante, el plan más serio de recomposición del régimen burgués (en el que coinciden tanto el “progresismo” de centroizquierda como muchos “neoliberales”) es el que proyecta la formación de dos grandes coaliciones políticas que se vayan alternando en el gobierno nacional, una de “centroizquierda” (la “transversalidad” de la que habla Kirchner) y otra de “centroderecha”, con incluso a su vera opciones electorales más claramente de izquierda y de derecha, un poco según el modelo en que se reconfirmó el sistema político italiano luego de su derrumbe tras la “mani pulite” y debacle de la Democracia Cristiana y el Partido Socialista y la reconversión del Partido Comunista. Este es un poco el modelo que vimos manifestarse en la Capital. Sin embargo, hay muchas contradicciones para que esto termine materializándose, en gran parte porque los aparatos provinciales han sentido mucho menos el golpe y se mantienen más enteros, como lo han mostrado las elecciones en el interior donde se han relegido los antiguos gobernadores o han sido electos sus “delfines”. La UCR, con sólo el 2% de los votos a nivel nacional, sacó sin embargo un 37% en Córdoba, volvió a ganar en Río Negro, hizo mejor elección de lo previsto en la Provincia de Buenos Aires, y será la segunda fuerza en el plano nacional. Y, además, las dificultades de tal proyecto estriban en que la principal fracción política actual, el peronismo de la provincia de Buenos Aires (a su vez también una coalición de distintas facciones) tampoco cuaja en este esquema, ya que, como ha expresado

Argumentos, 3, diciembre 2003

Duhalde, “en el vientre del justicialismo se dan todas las contradicciones de la sociedad”, es decir, la suficiente “plasticidad política” para inclinarse a izquierda o derecha según las circunstancias. De ahí que en lo inmediato, los propios resultados electorales están llevando a Kirchner (aunque sin dejar de acumular aliados por fuera) a recostarse más sobre el aparato del Partido Justicialista.

Es que un esquema de “rearticulación política” del tipo del que mencionamos, por más que aparezca como plausible en los razonamientos de cierta intelectualidad presupone un capitalismo capaz de amortiguar su crisis y una inactividad del movimiento de masas que deje la política en el mero terreno mediático, cuestiones que más allá de las apariencias no son lo que parecen mostrar las tendencias de nuestra historia reciente o un análisis de la dinámica de la política internacional, con crecientes tensiones entre los bloques imperialistas y una política más agresiva de la potencia dominante para las naciones oprimidas.

Por último, ¿en qué medida los cambios ocurridos expresan una nueva política de estado? Creo que para responder esta pregunta nos es útil considerar la situación a nivel latinoamericano. Efectivamente, la debacle en que dejaron a la región las políticas “neoliberales” llevaron a distintas rebeliones populares (Ecuador, Bolivia, Argentina...) que obligaron a un recambio del personal político identificado con la aplicación de tales planes. Las distintas coaliciones de “centroizquierda” que llegaron al gobierno en varios países, a la vez como expresión distorsionada y como intento de contención del descontento popular, dieron en poco tiempo sobradas muestras que no van a “sacar los pies del plato”. De Lucio Gutiérrez en Ecuador a Lula en Brasil han desairado las expectativas de cambio de los trabajadores y campesinos que votaron por ellos (y desairado a la intelectualidad que gastó ríos de tinta pontificando sus virtudes), sobreactuando incluso éste último su rol de alumno aplicado del FMI al punto que fue criticado por el propio Fernando Henrique Cardoso. No es lo más probable que Kirchner juegue un papel distinto, si bien la devaluación y el “default” de la deuda le dieron en estos primeros meses un poco más de margen que a sus colegas ecuatoriano y brasileño. Contra toda la alharaca hecha sobre el acuerdo con el FMI, el presupuesto 2004 muestra que los salarios, pese a todo lo que perdieron

con la devaluación, no serán tocados, y tampoco se plantea un cuestionamiento a la subordinación a los intereses estratégicos estadounidenses, más allá de la "gestualidad" de mayor autonomía. Es decir, que en este terreno las "políticas de estado" (en otras palabras, los "consensos" que operan entre las distintas fracciones económicas y políticas de las clases dominantes) no están operando cambios sustanciales.

Por su parte, los cambios provocados por Kirchner en el terreno político con individuos e instituciones muy desprestigiadas, obedecieron tanto a la necesidad de ganar algo de crédito en la población como a fortalecer el posicionamiento de su fracción dentro del aparato de estado. Si desde el punto de vista de su relación con el movimiento de masas lo hecho por Kirchner puede verse como una clásica política "gatopardista" que busca recomponer la "credibilidad" de las instituciones cambiando algo para que nada cambie, esto no quita que lo hecho le cree fricciones con los sectores directamente afectados por estas medidas o que sea tomado en el futuro como bandera para montarle una oposición política de una "centroderecha" hoy debilitada, como expresó embrionariamente el enfrentamiento con Scioli o los ataques al gobierno desde quienes responden al viejo *establishment* menemista. Por ejemplo, hacia las fuerzas armadas el relevo de las cúpulas militares y la anulación de las leyes de impunidad (que paradójicamente fue vista como un cierto "mal menor" por los mismos militares que, ante la presión de las extradiciones, preferían un juzgamiento en el país y apostar a que la Corte no declare la "inconstitucionalidad") no deben llevar a engaño: aún el plan de "limpieza", tiene como objetivo renovar su "legitimidad" ante la población, siendo una estrategia que no es mal vista por Washington y las potencias europeas. Sin embargo, no es claro que esta sea la política que predomine y que la "derecha" no busque forzar algún nuevo tipo de "punto final" a partir de los conflictos presentados por enviar a juicio a más de dos mil represores de la dictadura, contando los militares con gran parte del aparato judicial como apoyatura.

En definitiva: decidido a continuar con el pago de la deuda externa y a no revertir lo sustancial de las políticas neoliberales de los '90 (como las privatizaciones) creo que el nuevo gobierno muestra que, más allá de cambios "gatopardistas", no será de la mano de ninguna "burguesía nacional" ni de

quienes se postulan como sus voceros políticos que se podrá terminar con un país signado por una creciente desigualdad social, ejércitos de pobres y desocupados y trabajadores con salarios por el piso. Para ello sería necesario reorganizar verdaderamente el país sobre nuevas bases tanto económicas como políticas, "confiscando a los confiscadores" de los últimos 25 años y llevando hasta el final las demandas más profundas que se plantearon en las jornadas del 19 y 20 de diciembre. ¿Logrará tener éxito el plan de reconstitución del régimen capitalista o permitirá en el mediano plazo la crisis de los partidos "históricos" la emergencia en los próximos años de una nueva fuerza de la clase trabajadora con un programa y perspectiva claramente anticapitalista que permita superar la actual fragmentación y dispersión de la izquierda?

Referencias

Sanmartino, Jorge. Entre las ilusiones populares y los límites del nuevo gobierno. *Estrategia Internacional*, 20, setiembre 2003.

Castillo, Christian. Diez meses después de las jornadas que sacudieron la Argentina. *Lucha de Clases*, 1 (segunda época), noviembre 2002.

Martínez, Josefina. Fábricas ocupadas y gestión obrera directa: apuntes para una reflexión histórica y teórica. *Lucha de Clases*, 1 (segunda época), noviembre de 2002.

Iñigo Carreras, Nicolás y María Celia Cotarelo. Conceptualización de los hechos del 19 y 20 de diciembre del 2001. Ponencia presentada en las V^o *Jornadas de Sociología*. Universidad de Buenos Aires, noviembre 2002.

Kohan, Néstor. Del Argentinazo a Néstor Kirchner: ¿Recomposición de la hegemonía burguesa en Argentina? *Rebelión, Periódico Electrónico de Información Alternativa*. <http://www.rebelion.org>, 30-05-03

Claudio Katz: "Argentina: el modelo sigue en pie", setiembre de 2003, en Rebelión, revista electrónica.

Julio Godio: "Argentina: luces y sombras en el primer año de transición", Editorial Biblos, 2003.

Naum Minsburg (coordinador): *"Los guardianes del dinero. Las políticas del FMI en la Argentina"*, Grupo Norma, 2003.

Julio Sevares: *"El capitalismo criminal"*, Grupo Norma, 2003.

Christian Castillo, sociólogo, es docente de la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, de la cual fue co-director, y es Profesor Adjunto en la Facultad de Humanidades y en la Facultad de Ciencias Económicas de la UNLP. Recientemente ha editado su primer libro, *"Estado, Poder & Comunismo"*, y ha escrito numerosos artículos de teoría y política. Es además dirigente nacional del PTS (Partido de los Trabajadores Socialistas).